

acción; no mira únicamente á lo bello, sino á lo útil; y si es la **reina de las bellas artes**, eso porque se sirve de todas, así de las de la vista como de las del oído, á manera de criadas, para un fin más levantado que el de todas ellas, que es la defensa de la verdad, la paz y la justicia en esta vida, y la consecución de la bienaventuranza en la otra.



## DISCURSO TREINTA Y CUATRO

### MANSEDUMBRE DE CRISTO REY

*Dicite Ainae Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

Decid á la hija de Sion: Mira que tu rey viene para ti manso y humilde.

(MATTH., XXI, 5.)

### EXORDIO

Por insinuación  
a contrario.

Si hay cosa por donde más claramente se descubra la suma vanidad de los mortales, son, á mi ver, los pomposos títulos de que hacen alarde. Sapor, rey de Persia, escribiendo al emperador Constantino, no dudó en llamarse hermano del sol. Solimán, señor y cabeza de los turcos, blasonaba de vencedor del mundo y domador del orbe; y Salamandro, sultán de Egipto, tomó por sobrenombre y apellido presidente de los infiernos y dueño del paraíso. ¿Qué diré de un rey, casi desconocido, de Bismagá, el cual se arroga tan soberbios títulos, que no pueden sin risa oírse, tales como esposo de la buena ventura, dios de inmensas provincias, conquistador de cuanto el sol alumbra, maestro de los idiotas, más fuerte que los fuertes, el caballero sin par, señor del Oriente y del Ocaso, del Septentrion y del Mediodía, dominador de todos los mares, aquél á quien temen las ocho partes del mundo; timbres, por cierto, y sobrenombres insolentísimos, en cuya comparación parecen modestos el que usurpaba Atila, de azote de Dios, y Demetrio Poliercetes, de expugnador de las ciudades, y Cayo Julio César, de padre y señor de los ejércitos?

Parte 1.<sup>a</sup> De la  
vanidad de los re-  
yes

por inducción his-  
tórica  
(de mal gusto)

con que excita la  
atención:

confirmación por  
nuevos ejemplos.

Pero si reparáis, católicos, en ese engrimiento y altanería de los hombres, observaréis que siempre ambicionan títulos de terror, como si toda su gloria consistiese en sojuzgar las gentes, en abatirlas, en aterrorizarlas. ¿Qué hará, pues, en este día nuestro Señor Jesucristo, el cual, en-

Parte 1.<sup>a</sup> con que se capta la docilidad:

pintura del Salvador.

por sustentación.

por comparación de semejantes

é hipotiposis.

Parte 2.<sup>a</sup> Gracia que se capta la benevolencia.

por afectos dulces

y proposición compuesta

de caridad:

semillas de la segunda parte.

trando hoy glorioso y triunfante en Jerusalén, quiere también su título, como los demás conquistadores? ¿Qué blasón tomará? ¿qué nombre? ¿qué apellido? ¿Acaso el Terrible, el Grande, el Formidable? ¡Oh cuán errados vamos si tal pensamos de nuestro adorable Redentor! El manso y humilde, veis aquí el título que se arroga su divina Majestad, y de que hace alarde en el día de su triunfo. *Dicite filiae Sion: Ecce rex tuus venit tibi mansuetus.* Decid á la hija de Sión: Mira que tu rey viene para ti manso y humilde. ¿De qué os maravilláis? No quiere Cristo aparecer en triunfo sobre una espléndida carroza, ó tirada de feroces tigres, como el emperador Calígula; ni de leones, como un Marco Antonio; ni de elefantes, como un Pompeyo; ni de ciervos, como un Aureliano; mas, caballero sobre una vil jumenta, ni quiere que vayan delante las pinturas ó retratos de las ciudades conquistadas, ni quiere que sigan detrás catervas de prisioneros y cautivos; y, si sufre palmas en su triunfal carrera, quiere que esas palmas vayan entretrejidas con oliva.

Alegraos, pues, amados oyentes míos; alegraos y regocijaos, porque, si es así, no es nuestro Dios, como algunos se forjan, un Dios cruel, un Dios terrible; mas todo piedad, todo mansedumbre, todo amabilidad y dulzura.

Por donde creo de mi deber, conformándome con su ingenio y condición, demostraros hoy **cuán bien le cuadra este título y sobrenombre de rey manso y humilde: *Ecce rex tuus venit tibi mansuetus***, lo cual equivale á probar cuánto más inclinado es á sufrir que no á irritarse, cuánto más se deleita en favorecer y premiar que no en dañar y desfavorecer; en suma, cuánto más le lleva su naturaleza á usar de clemencia que no de castigo y de rigor; de donde con imprevista consecuencia, y así más grata á vuestros oídos, sacaré, con el favor divino, una conclusión terrible, pero muy cierta y provechosa.

## PRIMERA PARTE

## II

Arg. 1.<sup>o</sup>  
De las causas:

Y para enderezar convenientemente mi discurso, ¿por dónde creéis que voy á comenzar la demostración de lo que me propuse? Por donde acaso menos esperabais: de la omnipotencia de Dios. ¿No me concedéis vosotros que es un Señor de tan grande majestad, que si se mueve hace temblar los quicios del firmamento? ¿que si mira con ceño al sol, el sol palidece de espanto? ¿que si mira con imperio al mar, el mar se retira reverente? ¿cuyos mensajeros son los vientos, cuya voz es el trueno, cuya espada son los rayos, ejecutores de su voluntad por toda la redondez de la tierra? ¿que tiene á sus órdenes las heladas y pedriscos, los torbellinos y tempestades? Pues alentaos, hermanos míos, que de aquí concluyo con toda certidumbre que el castigar es cosa por extremo ajena de su condición. Ruégoos que me escuchéis.

Enseña Aristóteles <sup>1</sup>, y con él concuerdan Séneca <sup>2</sup> y Plutarco, príncipes de la filosofía moral entre los gentiles, que la facilidad de enojarse procede de flaqueza: *Maxime ab imbecillitate nascitur ira.* Puesto que los flacos y débiles más fácilmente recelan que serán despreciados si perdonan, y presumen que el no vengarse se atribuirá antes á cobardía ó pusilanimidad que á clemencia, antes á necesidad que á voluntad y propia elección. De donde veis cuán iracunda y rencorosa es la mujer, que no hay ira como la suya sobre la haz de la tierra: *Non est ira super iram mulieris*; <sup>3</sup> porque la mujer es por su natural flaquísima. Por el mismo caso, los enfermos se enojan más fácilmente que los sanos, los viejos más que los mozos, los desdichados y miserables más que los ricos y bienhadados; y entre los animales es notorio que los más irascibles y propensos á morder son las avispas y animales;

Enigma: Dios es omnipotente

por viva hipotiposis

protopopeya:

luego es mansueto.

La consecuencia por autoridad razonada:

De los flacos es airarse:

por ejemplos de hombres

<sup>1</sup> Rhet. lib. II.—<sup>2</sup> Plut., De iracund. cohib.—<sup>3</sup> Sen., De ira.

<sup>2</sup> Ecclii., xxv, 23.

de los fuertes el ser sufridos: los áspides, bichos ruines y asquerosos. Pero los fuertes no obran así, y, cuanto más fuerte y poderoso, más fácil de aplacar, según cantó el otro poeta: *Quo quisque est major, magis est placabilis irae* <sup>1</sup>. Porque el fuerte sabe que está en su mano vengarse cuando y como quiera; y así disimula, si conviene; no hace caso, no se precia ni alardea de cebarse en personas flacas é inferiores: que es lo que parece dió á entender el emperador Adriano á la sazón que se encontró una vez con un hombre, de quien antiguamente había recibido cierto agravio, y no tomó más venganza que decirle: *Evasisti*, da gracias á Dios que has escapado. ¿Qué más? Ley es de la naturaleza, así dijo San Ambrosio, no escrita con caracteres, sino impresa en las costumbres de los hombres, que los más blandos en castigar sean precisamente los que gozan de mayor poder: *Sunt leges naturae, non scriptae litteris, sed impressae moribus, ut leniores ad puniendum sint qui maxima potestate potiuntur* <sup>2</sup>. Un generoso león no se vuelve á los ladridos de un pequeño gozquecillo, y sabe todo el mundo que los cielos más altos son menos revueltos, y los mares más profundos menos tempestuosos.

Confirmación con nueva autorización

y nuevo ejemplo.

Conclusión: pero Dios es poderosísimo.

luego es mansísimo.

Vengamos, pues, á nuestro propósito: ¿no me concedísteis ser Dios poderosísimo sobre todo poderío? Luego es consiguiente que sobre toda criatura esté inclinado á misericordia y piedad, y por lo mismo que es muy ajeno de su realeza y soberana condición ofender y castigar, y extremadamente conforme á ella perdonar y defender. Pensamiento sublime á la verdad es éste, oyentes míos; mas ¿queréis que os diga llanamente de dónde lo tomé? Del autor de la Sabiduría en el undécimo capítulo, donde se lee: *Misereris omnium, Domine*. Tienes compasión de todos (así dice razonando con el mismo Dios), eres manso, eres dulce y apacible con todos, eres piadosísimo y misericordiosísimo; mas ¿por qué razón? Porque eres omnipotente. *Misereris omnium, Domine, quia omnia potes* <sup>3</sup>. No porque á todos quieres, mas porque todo lo puedes: *Non quia omnia diligis, sed quia omnia potes*. Y, en realidad de verdad, ¿por qué pensáis, hermanos

Confirmación por congruencia de testimonios divinos.

<sup>1</sup> Ovid. de Trist., lib. III, Eleg. 5, v. 31.

<sup>2</sup> Exam., lib. V, c. 21.—<sup>3</sup> Sap., xi, 24.

míos, que al rogar á Dios que perdone nuestras culpas no alegamos su bondad, no su piedad, no su misericordia, mas sólo su omnipotencia, *Confiteor Deo omnipotenti*, sino porque queremos recabarlo, trayéndole á la memoria que á un poder tan excelso cuadra poco echar mano del rigor, y que lo contrario fuera, como decía el santo Job, embravecerse contra la hoja arrebatada por el huracán, y perseguir una pajuela liviana, *Contra folium, quod vento rapitur, ostendis potentiam tuam, et stipulam siccam persequeris?* <sup>1</sup>.

## III

Queda, pues, bastante demostrado por su razón fundamental, cómo el castigarnos no es cosa conforme al gusto y co-razón de Dios. Pero ¿á qué ponerlo en cuestión, si se halla en Isaías en términos tan expresos, tan formales y precisos, que no dan lugar á la menor duda? Denunció el profeta que Dios se enojaría por fin contra su pueblo: *Dominus irascetur*; mas, en diciendo estas palabras, luego protesta su Majestad que tal obra es divina sí, pero contra su natural acción extraña, hecho muy ajeno de su generosa condición: *Alienum opus ab eo, peregrinum opus ab eo* <sup>2</sup>. Tan cierto es, añade aquí el bienaventurado San Jerónimo, que no es <sup>3</sup> del Criador destruir la criatura, ni del Salvador castigar á los pecadores: *Non est opus Domini perdere quos creavit. Punire peccantes, peregrinum et alienum ab eo, qui Salvator est*. ¿No es Dios Hacedor? Pues no puede complacerse en deshacer la hechura de sus manos. ¿No es Dios Salvador? Pues ¿cómo ha de querer la perdición de los que debe salvar?

## IV

Y si á la autoridad del profeta queremos añadir algunos indicios y argumentos de razón, estadme atentos, que por ventura no os desagradarán. ¿De dónde, ó por qué señales,

Arg. 2.º  
Conclusión y  
ampliación,

2) por testimonio gravísimo del Espíritu Santo.

3) por el dicho de San Jerónimo

y argumento ab impostibili.

Arg. 3.º  
De los efectos é  
señales: por silo-  
gismo oratorio.

<sup>1</sup> Job, XIII, 25.—<sup>2</sup> Isai., XXVIII, 21.

se deduce que un capitán mete á cuchillo y asuela una plaza contra su voluntad? Porque vemos que primero requiriró si admitían pactos ó capitulaciones. ¿Cómo, ó por dónde, colegimos que un médico usa, á pesar suyo, del hierro y del cauterio con el pobre doliente? Porque le vemos antes probar otros medicamentos más suaves. ¿De dónde inferimos que un hortelano aplica de mala gana la segur á la raíz de un árbol? Porque primero vímosle que se valió de la podadera para ver de rejuvenecerlo escamondándolo.

En conclusión, quienquiera que probó antes los remedios oportunos, da á entender que muy contra su voluntad se resuelve á castigar.

Pues, decídmelo por vida vuestra, ¿qué muchedumbre y suavidad de medios puede imaginarse para ganar nuestros corazones, que no pruebe Dios nuestro Señor antes de tomar el azote y des cargar la mano? ¿qué beneficios no derrama? ¿qué regalos no hace? ¿qué inspiraciones no envía? ¿qué ejemplos no presenta á nuestros ojos? ¿de qué impulsos tan vehementes, de qué halagos tan dulces no se vale?

*Dulcis et rectus Dominus*<sup>1</sup>. Dulce y recto es el Señor, dice el Salmista; no recto y dulce, mas dulce y justiciero, porque Dios siempre es antes benigno que riguroso.

Gallarda diferencia veo yo, y primero la vió el profeta, entre dos oficios, ordenados por otra parte al mismo fin; conviene á saber: entre la pesca y la caza. Entrambos no tienen más objeto que coger la presa, pero ¡por cuán diferentes caminos! El pescador procura atraer los pececillos con cosas dulces, con cebos apetitosos, con gusanos ó pastas sabrosas á su paladar; y tan lejos está de querer espantarlos, que á fin de encubrirselos va á acecharlos en las tinieblas de la noche, y esconde las redes, y oculta los anzuelos con grandísimo silencio; y así los engaña tan mañosamente, que ellos mismos se le entregan, por manera que muchas veces, ya presos y cautivos, no caen en la cuenta de sus prisiones. Mas no así el cazador. Sale éste á campaña con estrépito y tropel de perros y caballos, toca la bocina, y, como quien declara guerra al bosque todo, provoca

<sup>1</sup> Ps. xv, 18.

á los osos que salgan de sus cuevas, y de sus madrigueras los cerdosos jabalíes; empuña el venablo, enristra la lanza, y dispara el arcabuz, y ahuyentando las fieras aguarda que pasen, y entonces da el asalto y las hiere y las traspasa y, atajándolas en su carrera, las maltrata de suerte que, con la sangre de ellas, mancha sus manos y salpica sus vestiduras. Si atentamente se considera, nace esta diversidad de trazas entre el pescador y el cazador, de que el uno quiere coger la presa por amor y el otro más por fuerza.

Ahora bien; de entrambas se vale asimismo Dios nuestro Señor para ganar á los hombres. Pero ¿de cuál primero? Del arte y traza del pescador. Porque, en primer lugar, procura traernos á sí con ofrecimientos, con promesas, con el cebo de sus favores y regalos; y cuando esto no aprovecha, entonces y sólo entonces echa mano del oficio de cazador; entonces nos acosa, entonces nos espanta y atemoriza, entonces nos aturde con el trueno de sus amenazas y se entabla aquella reñida lucha entre él y el alma hasta que por fin la rinde. ¿No creéis de mi boca estas maravillas del amor de Dios? Oídselo á él mismo por el profeta Jeremías, cuando dice: Veísme aquí que yo les enviaré pescadores, y ellos los pescarán; y después de esto les enviaré cazadores, y ellos los cazarán: *Ecce ego mittam eis piscatores, et piscabuntur eos; et post hæc mittam eis venatores, et venabuntur eos*<sup>1</sup>. ¿Habéis reparado en aquella expresión después de esto? Primero, dice Dios, me valdré de la industria y arte de la pesca, conviene á saber; procederé con blandura, los traeré con halagos y caricias; después, si éstas, por desgracia, se frustraren, airado entonces los acosaré, á fuer de cazador, sin perdonar á sangre ni vida.

Y que esto sea así, toman las divinas Escrituras y recorren sus páginas. Primero hizo Dios que precediesen en Egipto aquellos siete años de abundancia, y luego dispuso que siguiesen los siete de esterilidad y hambre. Primero dió el Señor á David prosperidad y reino floreciente, y después le afligió con pestilencia. Primero concedió á Ezequías grandes riquezas y tesoros, y después le despojó á fuerza de

<sup>1</sup> Jer., xvi, 16.

Acab, saqueos. Antes dió á la casa de Acab numerosos hijos, y después la derrocó y deshizo con matanzas; y así, desde el principio y creación del mundo, primero tentó el Señor de traer á nuestros padres en el paraíso terrenal con el dulce atractivo de tantos y tan regalados frutos, que les puso delante en aquel deliciosísimo verjel; primero los enriqueció de sus bendiciones; primero los atavió con soberana ciencia; primero los destinó á la inmortalidad y visión bienaventurada, y después, como no los prendiese con este cebo, fué á caza tras ellos, lanzólos del paraíso, y arrojando en su seguimiento dos perpetuos perseguidores que, á manera de canes, los mordiesen y enfrenasen, á saber el trabajo y el dolor, al fin dióles el alcance.

¿Qué más? Todos los pecadores del mundo, si quieren confesar la verdad, han de decir que primero usó con ellos el Señor de benignidad que de aspereza. ¿Quién duda, pues, que usar de aspereza y malos tratamientos con los pecadores no dice con su mansa condición, y que de consiguiente, como afirma el autor del Imperfecto, siempre está Dios más

y amontonamiento de divinos testimonios.

aparejado á hacer mercedes que no á castigar? *Parviter semper est Deus ad benefaciendum, quam ad puniendum.* De aquí nace que cada y cuando en las sagradas letras van juntos y acompañados entre sí estos dos vocablos, misericordia y justicia, siempre á la misericordia se concede el primer lugar. «Envió Dios su misericordia y su verdad; ¿quién la buscará?», dice David: «Yo engrandeceré, Señor, tus misericordias y tus juicios»; y más claramente: «Para predicar á la mañana tu misericordia, y á la noche tu verdad»: <sup>1</sup> para que conste á todos los mortales, que si lueven castigos, será al anochecer; al amanecer, las primeras en salir al camino son las misericordias de Dios y sus regalos.

<sup>1</sup> *Misit Deus misericordiam suam, et veritatem suam (Ps. LVI, 5). Misericordiam et veritatem ejus quis requiret? (Ps. LIX, 8). Misericordiam et judicium cantabo tibi, Domine (Ps. CXT, 3). Ad annuntiandum mane misericordiam tuam, et veritatem tuam per noctem (Ps. XCII, 3).*

## V

Arg. 4.<sup>o</sup>  
De los conosci-  
tantes.

Pasemos adelante: Quien por inclinación y voluntad hace una cosa, no se arredra por cualquier estorbo; no, cristianos, mas rompe con las dificultades y sobrepuja los obstáculos.

Dios alza el castigo por cualquiera razón:

Y á Dios nuestro Señor, ¡cuán poco basta para desarmarle el brazo y dejar de castigar! Cualquier pretexto tiene fuerza; cualquiera excusa, que se alegue, lo ablanda; no hay razón en contrario tan liviana á que no se rinda. Veamos, si os place, un ejemplo muy ilustre. Había Dios determinado muchas veces acabar en el desierto con el pueblo de Israel,

Luego es plañidísimo por maldad y dureza.

que por sus pecados de intemperancia, de rebelión, de infidelidad, de blasfemia, de dureza y desagradecimiento, se había hecho incomportable al mismo Dios; mas otras tantas se le opuso Moisés, ¿sabéis con qué razones?; con representar á su divina Majestad que al saberlo los egipcios murmurarían de él, diciendo que mañosamente había Dios sacado á su pueblo de la ciudad al desierto, de poblado á des poblado, para allí matarlos á su sabor: *Ne, quaeso dicant aegyptii: Callide eduxit eos, ut interficeret in montibus et daretur de terra.* ¡Oh Moisés! Y ¿te parece fundada esta razón,

Antes por los efectos, en Moisés y el pueblo de Dios:

narración compuesta;

con exposición.

y digna de presentarla á un Dios, á una sabiduría infinita, á un entendimiento sublime? ¡Cómo! Porque otros temerariamente lo murmuren, ¿debe usted descurrir su oficio? Y el magistrado íntegro ¿dejará por esto de condenar al reo? ¿y el príncipe justiciero de castigar al rebelde? ¿y el capitán bien avisado de ahorcar al traidor ó sedicioso? Hablen cuanto quieran, murmuren á su placer los malos, que éstos son escándalos que llaman pasivos, á los cuales si se mira, no hay hacer cosa buena ni emprender grandes hazañas.

modo 1.<sup>o</sup>

Y, eso no obstante, ¿lo creeriais? Una razón tan frívola bastó siempre á desarmar la cólera divina y á embotar los filos de su venganza.

por apóstrofe ó incorregión.

Mas ¿de dónde le nace esta blandura? ¿acaso porque le importen gran cosa estas habilllas? Nada de esto. Murmuraron muchos del Salvador porque curaba enfermos el sábado; y ¿dejó por ello de curarlos? Murmuraron porque reci-

desenlace.

Nudo 2.<sup>o</sup> por sustentación.

bía y trataba con publicanos; y ¿dejó por ello de recibirlos? Murmuraron porque tan cortésmente acogía á la Magdalena; y ¿dejó por ello de acogerla y regalarla? No, de ninguna manera; antes, notad esta dignísima observación, fueron las murmuraciones muy bastante causa para que alzase las manos del castigo, mas no para que las encogiese y dejase de hacer bien. ¿Quién no ve, de consiguiente, que nace esta diferencia de ser nuestro bondadosísimo Señor tan inclinado de su naturaleza á derramar beneficios, como ajeno de fulminar castigos? *Ira in indignatione ejus, et vita in voluntate ejus* <sup>1</sup>. La ira cuando se enoja, mas la vida la tiene arraigada en el corazón.

y comunicacion:

deseñase posteriormente.

Art. 5.º  
De los antecedentes.

Dios busca quien le aplaque:

por autoridad

y afectos de dolor;

el desmayo dividido.

Pero esto arguye gran mansedumbre:

lo contrario de las personas iracundas;

a) por induccion

## VI

Mas ¿qué digo? Poco sería que dejara de castigarnos á la más ligera oposicion; lo que espanta es que él mismo va buscando con ansia quien se le ponga y salga al camino. *Quaesivi virum, qui interponeret sepem*, <sup>2</sup> clama por Ezequiel: Busqué un varón que interpusiese un valladar. Y, no hallándolo, ¡oh qué tormento! ¡qué congojas! ¡qué pesadumbre y agonía siente! Vió que no había varón, así lo testifica el profeta Isaías, vió que no había varón, y ¿qué hizo el Señor? *Aporiatius est*, quedó sin tino y como desmayado, porque no hay quien le salga al encuentro: *Vidit, quia non est vir, et aporiatius est, quia non est qui occurrat* <sup>3</sup>; que vale á decir, porque no hay quien ore, como traslada Pagino; porque no hay quien interponga su valimiento, como interpretan los Setenta. *Non est qui oret. — Non est qui intercedat*. Conjeturad de aquí si será de suyo castigar ni usar de aspereza con los hombres.

A una persona muy encendida en ira no se le puede hacer mayor agravio que oponérsele y contrariarle cuando está en el calor de la venganza; y querer entonces desarmar el brazo y detener el golpe, ¿qué es sino exponerse incautamente á recibirlo él en vez de su vecino? Dígalo Jonatás. Era, como todos saben, muy entrañable amigo de David, y

<sup>1</sup> Ps. xxix, 6. — <sup>2</sup> Ez., xxii, 30. — <sup>3</sup> Is., lxx, 16.

á ley de tal, como viese furioso contra él á su padre Saúl, túvose por obligado á interponer su valimiento y amansar la ira del monarca; y como tan discreto, asentados un día á la mesa, en coyuntura oportunísima, en ocasion muy favorable, se atrevió á decir estas dos palabras en favor de su amigo: ¿Por qué ha de morir? ¿qué mal ha hecho? *Quare morietur? quid fecit?* <sup>1</sup>. ¿Lo creeriais? A pique estuvo de recibir la muerte por respuesta; y con ser Jonatás el hijo amado, el sucesor del reino, el heredero de la corona, no fueron poderosos estos respetos á impedir que el padre cogiese la lanza para clavársela en el pecho: *Et arripuit Saul lanceam, ut interficeret eum*. Así leo que los visigodos mataron bárbaramente á su rey Ataúlfo porque les mandaba deponer las armas contra los romanos, en los cuales deseaban aún ensangrentarse. Así también, que los dinamarqueses dieron alevosamente la muerte á su rey Enrique, porque pretendía mantenerlos en paz con los vándalos, con quien ellos querían guerra y enemistad; y así de otros que sería infinito enumerar.

Ni hay por qué maravillarse. ¿No visteis jamás cómo se despeña del monte un torrente arrebato, que con estrépito aterrador amenaza desde lejos estrago, asolamiento y destruccion á los campos, á las mieses, á los ganados? Y ¿quién es el primero en sentir el ímpetu de su furia? ¿sabéis quién? El dique ó valla que pretende detenerlo. ¡Oh, entonces cómo se hincha! ¡cómo brama! ¡cómo se enfurece y espumajea el torrente, hasta que, recogiendo todas sus fuerzas, logra derrocar el terraplén; y siendo así que antes con menor braveza se hubiera derramado por la campiña, adonde trae la devastacion, hecho con la resistencia más bravo, más feroz, va como orgullosos vencedores amontonando aguas y multiplicando estragos. Pues lo mismo acaece en nuestro propósito. Quien arde de coraje no puede sufrir á quien pretenda ponerle trabas ó embarazarle la venganza; no admite valedores, no quiere medianeros; y como dice no menos compendiosa que oportunamente aquel filósofo, este achaque tiene la ira, que no sufre quien la rija y enfrene:

<sup>1</sup> Reg., xx, 32.

Conclusión corroborada.

Inigo Dios es manísimo.

por comunicación

y autoridad.

Refutación. En las sagradas Escrituras se compara Dios á cosas terribilísimas.

por congruencia de testimonios;

la osa y el león,

la lava ardiente,

la tempestad

*Habet iracundia hoc mali, non vult regi.* ¿Qué diremos, pues, de Dios nuestro Señor, constándonos, como nos consta, que, no sólo no lleva á mal que le detengan de descargar el golpe sobre nosotros, pero él mismo va buscando quien haga este oficio de barrera ó valladar? *Quaesivi virum, qui interponeret septem, et staret oppositus contra me pro terra, ne dissiparem eam, et non inveni* <sup>1</sup>. Busqué un hombre que me sirviese de vallado ó dique é intercediese por la tierra en mi acatamiento para no tener que destruirla, y no le hallé. Y ¿aún reclaremos si gusta de castigar? ¿si se complace en ello? ¿si le lleva su corazón? ¿Ó más bien afirmaremos que no sabe castigar sino forzado? ¿Por ventura es mi voluntad que mueran los impíos? Dice Dios: *Nunquid voluntatis meae est mors impii? dicit Dominus Deus* <sup>2</sup>.

## VII

Perfectamente, acaso me diréis; pero, si es así, qué significa entonces que en las divinas Escrituras se nos pinta y figura Dios con imágenes tan portentosas y terribles? ¿Qué cosa más para espantar que la osa, á quien han robado los cachorros? Pues á ella es comparado por Oseas: *Quasi ursae, raptis catulis* <sup>3</sup>. ¿Quién más feroz que el león del desierto cuando ruga soberbio tras la presa? Pues á él es comparado Dios por Isaías: *Quomodo si rugiat leo super praedam* <sup>4</sup>. ¿Hay cosa más horrible y asoladora que los torrentes de fuego y lava que vomitan los volcanes? Pues á éstos compara Nahum la indignación de Dios: *Indignatio ejus effusa ut ignis* <sup>5</sup>. ¿Hay cosa más brava que un torbellino, preñado de tempestad y rayos, amenazando estragos sobre la tierra? Pues ésta es la saña del Señor, dice Jeremías, como tormenta arrebatada, como nube borrascosa al estallar: *Ecce turbo Domini furor egrediens, procella ruens* <sup>6</sup>. ¿Cómo se concibe, pues, que sea Dios tan enemigo de castigar, si siempre se valió

<sup>1</sup> Ezech., xxii, 30.—<sup>2</sup> Ezech., xviii, 23.

<sup>3</sup> Os., xii, 8.—<sup>4</sup> Is., xxxi, 4.

<sup>5</sup> Nahum., i, 6.—<sup>6</sup> Jer., xxx, 23.

para representárenos de imágenes tan terroríficas? No obstante, me confirmo en ello, y aseguro que precisamente por aquí se comprueba y resplandece más la mansedumbre de Dios. Ruégoos, oyentes míos, que me escuchéis con atención.

Figuraos que tenéis dos enemigos. ¿Cuál de ellos pensáis que os aborrece más y os quiere mayor mal, el que acecha calladamente á vuestra vida, con la sonrisa en la boca, con la miel en los labios, con la paz y serenidad en la frente, y os convida, como Caín, á un pasatiempo, *Egrediamur foras*; ó el otro que se os presenta con el rostro airado, y os muestra las armas, y os indica el golpe, y muy desde lejos os previene y amenaza con horroroso estrépito? Ciertamente que el primero: más de temer es el oculto acchador, que el del descubierta: enemigo manifiesto, dijo á este propósito San León: *Plus periculi est in insidiatore oculo, quam in hoste manifesto* <sup>1</sup>. El enemigo que bravea, siempre es ménos temible; bien porque podéis precaverlo y aperciros, bien porque podéis evitarlo, bien porque podéis, cuando ménos, aplacar oportunamente al adversario. Mas del enemigo oculto ¿quién se librará? Tan apegado está al fuego de su ira, que lo guarda en el rescoldo de la disimulación, por que se mantenga más vivo y más seguro.

Si así es, como lo es, tome Dios las figuras más terribles y espantosas, y, si no bastan las que arriba dijimos, de osa y de león, de fuego y torbellinos, agréguesele las representadas en los Salmos por David. Suba Dios en un carro de nubes tan negras y tempestuosas, que roben la luz del sol; truene y relampaguee en las alturas, y á su sonido tiemblen las montañas; empuñe su arco, apreste las saetas, y, para más espantarnos, póngase todo encolerizado en ademán de dispararlas; cerquen su trono, prontos á una señal de su rey, los ejércitos celestiales, y síganle detrás con horroroso acompañamiento el hambre para asolar los campos, la pobreza para diezmar las familias, la guerra para destruir las ciudades, la pestilencia para yermar los reinos y provincias. ¿Qué hace Dios con aparato tan estrepitoso?

(incremento y subjección)

Luogo no es tan manso.

Respuesta, ad hominem.

z) por comparación a pari.

los dos enemigos; estopeya del solapado.

del descubierta:

conclusión confirmada por autoridad.

y metáfora.

Consecuencia amplificada por permisión.

y viva hipotiposis;

1.ª parte. Las amenazas,

<sup>1</sup> Serm. 9 de Quadr.

a.ª parte. La intención de nuestro Padre.

¿Sabéis qué? *Dat metuentibus se significationem*, os responderá el Salmista <sup>1</sup>. Avisanos que nos pongamos en salvo, que nos apercibamos con tiempo, que embracemos el escudo de la oración, que nos vistamos la cota de malla de los santos sacramentos, que con dos palabras de sumisión y arreptimiento procuremos aplacarle: *Terret ut corrigat, admonet ut emendet, praevenit ut ignoscat*, como admirablemente lo comenta San Ambrosio <sup>2</sup>. Atemoriza para corregir, advierte para enmendar, previene para perdonar. ¿Qué duda hay, por lo tanto, que no es su intención tomar venganza, pues aquél que de verdad quiere vengarse no amenaza? Quien de veras quiere herir, replica San Agustín, no dice: *guárdate: Qui vult enim ferire, non dicit: cave.*

confirmación por autoridad;

conclusión.

§) A contrario

del que de veras quiere mal,

(imagen)

γ) Directo por ejemplo de Jerico

y grave testimonio:

conclusión del tema.

Mirad á ese ejército que de veras resuelve tomar venganza de aquella plaza enemiga y entrarla á sangre y fuego. Se aproximan á ella sigilosamente, escóndense por entre espesos matorrales, minan la fortaleza con excavaciones subterráneas, aguardan para el asalto las tinieblas de la noche, y, no fiando de su obscuridad, envuelven las brillantes armas para que las estrellas, que, como dijo hermosamente el Eclesiástico, jamás desfallecen en sus vigiliass: *Non deficientes in vigiliis suis* <sup>3</sup>, atalayandó desde lo alto, no las descubran con sus reflejos. No así Dios nuestro Señor. Quiere sorprender la plaza de Jericó y destruirla, y ¿qué hace para eso? Ordena que el ejército sitiador se presente á la luz del medio día alrededor de sus murallas, *per diem*; que alcen banderas, que suenen cajas, que hagan mucho estruendo con voces y gritería: *Clamate et vociferamini* <sup>4</sup>. Y esto ¿por qué, sino porque no quiere coger á ningún pecador de sobresalto é inesperadamente? Propio es de la clemencia de Dios para con los hombres, dice San Basilio, no herirlos con el castigo á escondidas y callando, sino que los previene con pregones y amenazas, convidando en esta forma á los pecadores á dolor y penitencia <sup>5</sup>. Por donde las amena-

zas divinas no son indicio de que el Señor castigue por su gusto y natural inclinación, antes con pena y repugnancia de su piadosísima voluntad.

## VIII

Arg. 7.ª  
De la circuns-  
tancia del tiempo.

Mas ¿á qué dudar en cosa tan manifiesta? ¿No vemos acaso cuántas largas, cuántas treguas y nuevos plazos va dando la divina clemencia, entreteniendó el castigo aun después de hecha la amenaza? Imaginad de aquí y atreveos á decir que gusta de castigarnos quien tan Perezoso es en descargar el golpe. Por demás sabéis, mis amados oyentes, que para levantar un soberbio edificio solemos gastar no poco tiempo. Mucho es menester para trazar su planta, mucho para abrir las zanjas y echar los cimientos, mucho para alzarlo y cubrirlo, mucho para decorarlo y darle, en fin, la debida perfección. Mas si queremos luego destruirlo, ¿cuán presto desaparece! Con poco tiempo, en poquísimas horas damos con él en tierra. Y ¿qué imagináis, mis amados oyentes? ¿que por ventura lo mismo pasa en las obras de Dios? Todo lo contrario: *E converso fit in Deo*, así nota San Crisóstomo <sup>1</sup>. Nosotros edificamos despacio y destruimos aprisa; él edifica aprisa y en corto tiempo, pero destruye muy despacio: *Cum struit, velociter struit; cum destruit, tarde destruit*. Y si deseáis un ejemplo palpable, una prueba manifiesta y contundente, á mano la tenéis.

Dios espíara lo más que puede el castigo: Luego es mansísimo.

Consecración por símil á converso, los edificios del hombre

(por gradación y antitesis)

y las fabricas de Dios:

¿En cuántos días fabricó Dios esta inmensa y maravillosa máquina que llamáis mundo? Nadie lo ignora: en solos seis días. Pues escuchad. Cuando quiso destruir, no un mundo, sino una ciudad, y ciudad no muy grande ni principal, gastó siete días completos. ¿No os acordáis de Jericó, de que arriba oportunamente hemos hablado? Andad, dice Dios á los capitanes y caudillos de Israel, andad y rodeadla, que al fencer del día séptimo prometo derrocar sus muros: *Septimo die, muri funditus corruent* <sup>2</sup>. ¿Al día séptimo? ¿Dónde está aquí ¡oh Señor! vuestra potencia?, exclama el Crisós-

por ejemplo é paralelo bíblico:

expósito; el mundo y Jerico

por προσεποποιε;

<sup>1</sup> Ps. Lix, 6.—<sup>2</sup> In Ps. 37.—<sup>3</sup> Eccli., XLIII, II.—<sup>4</sup> Josue, 6, 10.

<sup>5</sup> Clementiae Dei erga homines peculiare hoc est, non clam aut silenter ingerit supplicia, sed ea per comminationes praedicat, sic peccatores invitans ad poenitentiam. In Is., 6.

<sup>1</sup> De poen. hom. 5.—<sup>2</sup> Josué, VI, 5.



nudo, por apó-  
trofe.

tomo. ¿Dónde vuestra pujanza? ¿dónde la fortaleza de vuestro brazo? ¿Conque la redondez del universo mundo la fabricáis en seis días, y destruir una ciudad os cuesta siete? *Mundum universum sex in diebus construis, et unam urbem septem in diebus solvis?* ¿No sois Vos aquel mismo que en solos seis días tuvisteis brazo para levantar montes tan empinados, que con su frente parecen amenazar el cielo? ¿para ahondar valles tan profundos que parecen sumirse en los abismos? ¿No sois Vos quien en tan poco espacio pusisteis linderos al mar, derramasteis las aguas por las venas de la tierra, vestisteis los prados de frescor y lozania, poblasteis las selvas, enriquecisteis los aires, tachonasteis de estrellas el firmamento? Si sólo seis días empleasteis en edificar un mundo lleno de tantas maravillas, ¿cómo necesitáis siete en destruir una ciudad? No os espantéis, mis queridos oyentes, porque quiso Dios confirmar lo que decíamos. Nosotros empleamos más tiempo en fabricar que en destruir; Dios, empero, más emplea en destruir que en fabricar: *Cum struit, velociter struit; cum destruit, tarde destruit.*

y pintura de la  
creación.

desenlace ó con-  
firmación de la  
tesis.

Ilustrada por tes-  
timonio divino.

y soliloquio de in-  
finita caridad.

Conclusión final

Es ésta una labor que no la emprende sino por fuerza y á pospelo. De aquí que vaya tan lento, tan perezoso, tan, diríamos, arrastrado; de aquí que tarde en llevarla al cabo harto más tiempo del que era de esperar de su omnipotente diestra. ¡Ay! ¿Cómo me consolaré? Oid cómo se lamentaba él mismo por Isaías; ¿cómo me consolaré en la perdición de mis enemigos? ¿cómo me vengaré de mis contrarios? *Heu consolabor super hostibus meis, et vindicabor de inimicis meis?* <sup>1</sup> Como si dijera: ¡que tenga yo de llegar á extremo, para mí tan doloroso, de matar á mis enemigos! Y ¿por qué no concederles otro plazo? ¿Quién sabe si entre tanto se compungirán? ¿quién sabe si llorarán? ¿quién sabe si reconocerán sus yerros? ¡Oh clemencia infinita de nuestro Dios! ¿No os parece, cristianos, que es cosa del todo ajena de su realeza y blandura de corazón el oficio de castigar? ¿que es todo piedad, todo agrado, todo dulcedumbre y que le cuadra á maravilla el título que hoy toma de rey manso y sufrido? *Ecce rex tuus venit tibi mansuetus.* Nadie, por tanto, salga

<sup>1</sup> Is., 1, 24.

de este templo hasta haber oído la segunda parte, porque no se me oculta que cuanto llevamos dicho parecerá á algunos, no sólo inútil, mas por ventura perjudicial; y así, ruégoos á todos que esperéis unos breves instantes, y os haré ver la consecuencia provechosísima que se colige de éste, á vuestro parecer, dañoso, ó, cuando menos, inútil razonamiento.

Transición oportuna.

## SEGUNDA PARTE

Argúese la gravedad del pecado.

### IX

Henos aquí atentos y deseosos de oír la segunda parte. Pero ¿qué provecho se puede sacar del razonamiento de este día? Dios nuestro Señor es, naturalmente, ajeno de castigar. Convencidos estamos; pero ¿qué se concluye de aquí? Que podemos pecar con mayor seguridad y confianza, que podremos seguir nuestros antojos con mayor osadía. Falsísima conclusión, oyentes míos. La que yo deduzco, bien distinta por cierto, ¿sabéis cuál es? Cuán horrendo mal sea el pecado. Supuesto que, escuchadme bien, cuando un Dios, enemigo de castigar á nadie; cuando el Señor, rey mansísimo y sufridísimo, según hemos demostrado, *Rex mansuetus*, se determina por un pecado, aunque sea venial, á enviar castigos tan rigurosos, tan públicos, tan frecuentes, como vemos, concluyese necesariamente que el pecado es el mal de los males y el más funesto que entendimiento criado puede imaginar.

Transición por dialogo:

consecuencia falsa.

consecuencia verdadera: Dios es mansísimo.

Luego el pecado es cosa horrenda.

### X

Arg. 9.º ó consecuencia:

Y en realidad de verdad, ¿qué demostraciones de ira, qué castigos tan espantosos no ha hecho Dios por culpas tenidas apenas por tales en la estimación de los hombres? Paseba un día el Arca del Testamento por el país de los betsamitas <sup>1</sup>, y, como su fama era grandísima por aquellas

Dios castiga el pecado rigurosísimamente.

<sup>1</sup> 1 Reg., vi.

tierras, ya por los oráculos que pronunciaba, ya por las victorias que con su presencia se conseguían, todos aquellos pueblos se abalanzaban á ver aquella maravilla y admirarla, aunque estaba descubierta, con sus profanos ojos, contraviendo así á la ley que prescribía que no pudiesen los simples legos mirar, sino veladas, las cosas del Santuario <sup>1</sup>.

por enumeración del V. T.

los Betasamitas, ¿Lo creeríais? Por tan liviana culpa, setenta de los más principales cayeron muertos de repente, y cincuenta mil de la gente popular <sup>2</sup>. Ligeró fué el pecado de Nadab y de Abiú cuando, más por inadvertencia que por temeridad y malicia, osaron poner en los incensarios fuego no sagrado, y, no obstante, fueron arrebatados y consumidos de voraz incendio <sup>3</sup>. Ligeró fué el pecado de Moisés y de Aarón cuando, más por impaciencia que por infidelidad, no osaron pedir que sacase agua de los peñascos, atajados sin duda de su empacho y grandes desmerecimientos; pues eso bastó para cerrarles la puerta de la tierra de promisión <sup>4</sup>. ¿Qué diré de Oza, tan celebrado en la tribu de Leví? ¿No murió de muerte arrebatada, por haber extendido su mano irreverente hacia el arca santa que se caía? <sup>5</sup> Mandó David por medio de Joab que todo el pueblo se empadronase, movido más de cierta jactancia y envanecimiento que de necesidad; pues este envanecimiento bastó para que viese á su pueblo diezmando en breve por general pestilencia <sup>6</sup>. Hizo ostentación el rey Ezequías de sus grandes tesoros en presencia de los babilonios, y eso le acarrió, permitiéndolo así Dios, un horrible saqueo en acabando sus días <sup>7</sup>. Y de tales ejemplos están tan llenos, no solamente los libros sagrados, mas también los anales de la Iglesia, que traer otros á nuestro intento, más puede parecer alarde de erudición que verdadera necesidad.

Ezequías, etc.

Argumentación por dilema:

Discurso, pues, en la siguiente forma: ¿De donde nace que culpas tan livianas las castigue Dios con tal rigor? ¿Por ventura de su inclinación á castigar y tomar pronta venganza de sus ofensas? No, por cierto, porque hemos visto

<sup>1</sup> Num., iv, 20.—<sup>2</sup> 1 Reg., vi.—<sup>3</sup> Lev., x, 2.

<sup>4</sup> Num., xx.—<sup>5</sup> 2 Reg., vi.

<sup>6</sup> 2 Reg., xxiv.—<sup>7</sup> 4 Reg., xx.

claramente todo lo contrario. Resta, pues, que tenga su raíz en la suma fealdad y horribilidad del pecado. Veis, pues, aquí, amadísimos hermanos, el fruto del presente discurso. Hacer del pecado la estima y juicio que de verdad se merece, y no reputarlo por cosa liviana, por donaire y aun acaso por hazaña y valentía. ¿Cómo? Un Dios tan manso y perdonador, *Rex mansuetus*, por aborrecimiento que tiene al pecado, da en tales extremos de furor y saña, que llega casi á destruir las obras primorosas de sus manos, que apaga el sol, y entenebrece la luna, y amortigua la lumbre de las estrellas; que hace llover de lo alto diluvios de fuego, que abrasan el mundo y reducen á cenizas la inmensidad del universo; que estraga los campos, y seca las fuentes, y arrasa las selvas, y desquicia los montes, y consume las riquezas de los hombres, y sepulta ciudades, y disipa las gentes y los reinos, y no perdona á sus templos sacrosantos, ¡y nosotros nos réimos del pecado! ¡y nosotros somos tan ciegos y desalmados que, no contentos con pecar por entretenimiento, tomamos el pecar por gentileza!

no castiga por inclinación (1.ª parte del discurso);  
luego por ser horrendo el pecado.  
Confirmación por viva congruencia de castigos.  
graduación, polí-sindeton.  
contraste de profunda vergüenza.

## XI

Arg. 10.<sup>o</sup>  
Por silogismo:

Notó sabiamente el glorioso doctor San Buenaventura que ningún príncipe, por odio á sus enemigos, destruyó jamás sus propias tierras, mas antes las tierras de sus enemigos; contra ellas mueve guerra, por ellas mete fuego, y en ellas derrama todo su coraje: *Reges et potentes, in praesudicium inimicorum, depopulant terras eorum* <sup>1</sup>; pero Dios nuestro Señor no tal; Dios destruye y asuela su tierra propia. *Deus autem dissipat terram propriam*. Aborrece tanto á los pecadores, que por razón de ellos viene á deshacer su propia hacienda, su casa, su santuario, sus altares, su morada, su mismo cielo. ¿Qué tan grande mal será, pues, el pecado?

Ningún rey destruyó sus propias tierras:  
pero Dios lo hace por causa del pecado:  
Luego éste es un mal horrendo.

<sup>1</sup> Dieta xi.

Arg. 11.<sup>o</sup>  
Amplificación

## XII

Y no obstante, ¡oh humana perversidad!, no hay cosa que más nos cueste creer; y así no es maravilla que no nos rindamos á un Dios misericordioso, pues no nos mueve un Dios castigador. ¡Oh soberbia intolerable!, exclama aquí justamente irritado Salviano; muchos pagan la pena de sus pecados, y nadie quiere entender las causas de los pecados: *O superbiam non ferendam! plurimi poenas peccatorum suorum perferunt, et intelligere causas peccatorum suorum nemo dignatur*<sup>1</sup>. ¿Y hasta cuándo, hermanos míos, no entraremos dentro de nuestro corazón para ver y llorar nuestra malicia é incomportable ingratitud, pues un Dios tan manso, tan bueno, tan sufrido, ya no puede con nosotros? Clama, y nos hacemos sordos; amenaza, y, estúpidos, reímos; nos azota, y endurecémonos más. ¿En qué pararán vuestras locuras? ¿No vendrá día en que nos demos por vencidos y cedamos á la fuerza, ya que porfiamos en no ceder á las dulzuras de su amor?

de santa ira contra los pecadores.

de vergüenza entrañable.

de amor y arrepentimiento.

Arg. 12.<sup>o</sup>  
Confirmación por ejemplo de Nabucodonosor.

## XIII

Nunca leo en las Escrituras divinas lo que en ellas se cuenta del rey Nabucodonosor, que no se me represente al vivo la imagen de esta nuestra no sé si diga soberbia ó estupidez. Suplícóos, pues, que, para remate de mi discurso, escuchéis este suceso tan extraño; y si por ventura os pareciere larga mi segunda parte, tened en cuenta lo que cerceñé de la primera. Comparece el profeta Daniel delante de aquel príncipe soberbio y altanero, y con la autoridad que le daban la inocencia de su vida y la fama de su entereza, le interpreta con toda libertad el funestísimo sueño, y hácele saber cómo el mismo Nabucodonosor, monarca á la sazón de tantos pueblos y provincias, sería en breve derrocado del trono y lanzado de su casa, solo, vagabundo y, trocado en bestia salvaje, iría como bestia por los montes, y

Introducción á la narración compuesta.

1.<sup>a</sup> parte. La intimación del profeta.

por duplicación.

<sup>1</sup> De Gubern., l. 1.

como bestia comería, y viviría como bestia hasta tanto que abatiese su hinchazón y humillado reconociese que hay Dios en el cielo, Señor y gobernador del mundo: *Domoc scias, quod dominetur Excelsus*<sup>1</sup>. «Y así, ¡oh rey!, añadió el profeta, toma con tiempo mi consejo. Rescata con limos y prosopopeya. Rescata tus pecados, da de comer al hambriento, da de vestir al desnudo, y por este camino renzá Dios se apiadará y perdonará tus culpas»: *Quam ob rem consilium meum placeat tibi, et peccata tua elemosynis redime, et iniquitates tuas misericordias pauperum, forsitan ignoscet delictis tuis*<sup>2</sup>. Tenía Nabucodonosor las palabras de Daniel por voces y oráculos de la divinidad, porque le había enseñado la experiencia que veía con gran lumbré las cosas por venir, y en razón de ello y por su respeto había sacrificado víctimas y ofrecídole incienso como á Dios. ¿Qué hizo, pues, á la terrible intimación? ¿Sin duda bajaría apresuradamente de su trono y, derribándose á los pies del celestial intérprete, le ofrecería con pronta voluntad todas sus riquezas en rescate del castigo que le amenazaba, y, no contento aún, trocaría de súbito la púrpura en cilicio, la corona en ceniza, la pompa de la majestad en la humillación de la penitencia? Os engañáis, responde Teodoreto, porque el soberbio príncipe, nada atemorizado ni menos compungido con el trueno de esta voz, continuó viviendo más impía y rotamente que nunca. Un año entero le otorgó el Señor para que volviese en sí y llorase sus pecados. ¿Y qué? ¿pensáis que se trocó? Habiéndosele concedido tanto plazo para arrepentirse, prosigue el mismo autor, gastó malamente el tiempo destinado para hacer penitencia: *Cum tantum spatium ei ad resipiscendum datum esset, male definitum tempus poenitentiae consumpsit*<sup>3</sup>.

Cuando he aquí que mientras un día se paseaba muy orgulloso por los salones de palacio, admirando la magnificencia de su casa y la grandeza de su poderío, *Vox de coelo ruit*, bajó de repente una voz del cielo, que le dijo: Al monte, rey Nabucodonosor; rey Nabucodonosor, á las selvas, á vivir como bestia entre las bestias: *Tibi dicitur, Nabuchodo-*

2.<sup>a</sup> parte. Los efectos de la amenaza.

los probables,

os verdaderos,

por sustentación

y autoridad.

3.<sup>a</sup> parte. El fatal cumplimiento

por gradación,

<sup>1</sup> Dan., IV, 29. — <sup>2</sup> Ibid., 24. — <sup>3</sup> In Dan.

a voz del cielo, *nosor rex, cum bestis erit habitatio tua* <sup>1</sup>. Fábulas son y dulces patrañas las metamorfosis y transformaciones que los poetas gentílicos celebran con sus liras, y, tomadas de la divina historia, trocando la verdad en mentira, y en torpe Parnaso la gloria del Carmelo. Apenas oyó, pues, el perverso príncipe la soberana voz, sintióse de improviso transformarse la figura, el corazón, los sentimientos, las costumbres. Rasgóse las vestiduras por el pecho, y, lanzando un temeroso rugido, apareció todo cubierto de espesas cerdas, endureciósele y encrespósele la piel, crecieronle las uñas, erizósele el cabello á manera de crines ó guedejas, y, echando el vientre por tierra y rastreando, comenzó como una fiera á huir del trato y compañía de la gente. Arrojado, pues, de palacio por los suyos, encaminóse derechamente hacia los montes y á la espesura de las selvas; aquí se sustentaba el infeliz de la hierba del campo y del agua cenagosa de los charcos, y, sin tener dónde guarecerse contra las inclemencias del tiempo, estaba siempre expuesto á las heladas y escarchas, á las lluvias y granizos, á los hielos rigurosos y á los rayos del sol abrasador.

Ahora bien, si lo recordáis, católicos, había Daniel denunciado al príncipe que le era forzoso durar en este lamentable estado hasta que reconociese en el cielo un monarca más excelso: *Donec scias, quod dominetur Excelsus*. De donde sabiamente, en mi sentir, coligen algunos sagrados intérpretes, como Cornelio y Maldonado, que no perdió enteramente todo sentimiento de humanidad, mas antes que le dejó el Señor tal grado de discurso y discernimiento, que echase de ver la mudanza de su persona, y aprendiese la pena de su delito, y así pudiese humillarse, como en efecto se humilló después, en el acatamiento de la soberana majestad. Y ¿cuánto tiempo creéis que tardó en hacerlo? ¿treinta días? Más. ¿Dos meses? Más. Pues ¿cuánto tiempo estuvo? Oid y maravillaos. Siete años. ¡Oh contumacia! ¡oh perfidia! ¡oh perversidad! ¿Quién dijera jamás, oyentes míos, que un hombre resistiese tanto y con tanta rebeldía á nuestro Señor? ¿Bajo un azote tan duro, tardar siete

<sup>1</sup> Dan., iv, 28.

años en exclamar: me reconozco y glorifico al Rey del cielo? *Glorifico Regem coeli* <sup>1</sup>. ¿No os parece un prodigio de locura, un portento de ceguedad?

transición.

Mas, al fin, ciego era y más que ciego aquel malaventurado rey, á quien se le había amortiguado y casi apagado la lumbré de la razón, y más tenía instintos de bestia irracional que discursos de hombre cuerdo. Mas ¿qué diré de nosotros, miserables pecadores, que nos preciamos de sabios y discretos y, no obstante, tardamos tanto en reconocer nuestras culpas y enderezar los torcimientos de nuestra vida? Y ¿qué otra cosa pretende Dios con tantos azotes y calamidades, como llueve de continuo sobre nuestras cabezas, sino que confesemos que hay Dios en el cielo? *Nisi ut sciamus, quod dominetur Excelsus*? Esto nos dicen esas guerras encarnizadas que han desangrado la Europa de la sangre más ilustre; esto nos predicán los tributos y gabelas con que gimen las ciudades; esto nos amonestan la miseria y hambre de las familias; esto nos avisan los hundimientos de pueblos que, á nuestros ojos y en nuestros mismos días, la tierra como hambrienta se ha tragado; esto nos gritan las sequías irremediables; esto las pestilencias tan frecuentes; esto la mortandad y estrago universal. Y, sin embargo, á tantas voces, á vista de castigos tan horribles, ¿quién de nosotros se ha trocado, y de la gravedad de la pena ha deducido la gravedad de la culpa? Esperé y puse el oído atento, pareceme que puedo decir con Jeremías, y ninguno vi que hiciera penitencia de su pecado, diciendo: ¿qué hice, pecador de mí? *Attendi et auscultavi: Nullus est qui agat poenitentiam super peccato suo, dicens, quid feci* <sup>2</sup>.

<sup>5.ª</sup> parte. Aplicación por argumentación á nosotros.

y valiente enumeración de las calamidades públicas.

repetición enfática.

y afectos

de dolor y maravilla.

#### XIV

Sí, sí, hay Dios en el cielo, *Dominatur Excelsus*, pecadores indomables y rebeldes; hay Dios en el cielo; haced y deshaced lo que queráis; mientras no os rindáis á esta verdad, no hay remedio para vosotros. Hombre carnal y des-

Arg. 13.ª Peroración por apóstrofe.

x) de contrición.

<sup>1</sup> Dan., ibid., 34. — <sup>2</sup> Jer., viii, 6.

honesto, ¿dónde estás? ¿quieres saber hasta cuándo durarán en ti esas dolencias tan prolijas que te van penosamente consumiendo y acabando? *Donec scias, quod dominetur Excelsus*, hasta que confieses que hay Dios en el cielo, y te persuadas que arrearán los dolores, si no te enmiendas. Ambicioso, ¿dónde estás? ¿quieres saber hasta cuándo se cebarán en ti esas lenguas maldicientes, que con tanta ignominia te robaron el honor? *Donec scias, quod dominetur Excelsus*, hasta que confieses que hay Dios en el cielo, y te convenzas plenamente que irás cada día de mal en peor, si no eres más devoto y piadoso con Dios, más compasivo con los pobres, más dadivoso y largo con los religiosos y necesitados. ¿Qué resta, pues, que hagamos?, ¡ah Señor y Dios mío! humillarnos delante de vuestro divino acatamiento; reconocer nuestros yerros, adorar vuestros juicios, y obrar de suerte en adelante que Vos, como rey mansísimo, *Rex mansuetus*, podáis tratarnos á todos y á cada uno de nosotros conforme á la natural mansedumbre de vuestro amorosísimo Corazón, no conforme al enojo provocado en él por nuestras culpas.

desengaño

y amenaza, á los pecadores:

viva complexión.

É) de arrepentimiento.

á Dios nuestro Señor.



## OBSERVACIONES CRÍTICAS

## ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y CUATRO

Quítese de él el principio del exordio, que tiene resabios de mal gusto, y queda una obra de elocuencia, muy digna de estudiarse. Nace su mérito del primor y maestría con que ha sabido producir **dos afectos** tan contrarios como la admiración y el horror, la **confianza** y el **temor**, por medio de la alabanza y el vituperio, el **panegírico** y la **invectiva**, amplificadas en la primera y segunda parte respectivamente, y todo enderezado á **un solo fin**, que es turbar al pecador, y que reconozca su culpa.

¿Cómo? ¿y por medio de afectos de confianza engendra la turbación y el temor? ¿por la ponderación de la mansedumbre de Cristo Rey excita horror y aborrecimiento del pecado? Así es, que por los caminos, al parecer más desviados, se llega á veces antes y con más seguridad al término; y por donde el oyente imagina que sube, baja; y donde piensa hallar argumentos para presumir de la divina misericordia y continuar pecando, se encuentra con la mano y rigor de la justicia, que le atemoriza y detiene. ¿Qué cosa más contra el arte que embestir de frente el corazón del que escucha, y descubrirle desde luego toda la traza y tela del razonamiento? No; tú que peroras, has de saberte bien sabido todo el camino; pero, al que oye, bástale que ponga el pie donde tú pongas y asientes el tuyo:

*Ast tibi tu certos praescribere discito fines,  
Quos saepe observas dicens, possisque tueri  
Conficias quantumvis viae, quam plurima restent  
Tendenti spatia, et ducas spectantia tecum  
Agmina, dum fixis oculis, dumque auribus haerent.*

Esta doctrina de Arias Montano <sup>1</sup> se funda en la misma naturaleza del corazón del hombre, que no sufre que le hagan violencia. La fruta sazónada, con facilidad se deja co-

<sup>1</sup> Rhetor. lib. II.

ger del árbol; no así la verde. De este modo, los afectos y propósitos de la voluntad, si no se maduran y sazonan mediante el calor y artificio de la elocuencia, con dificultad se excitan, ó salen hueros y enfermizos; porque, en conclusión: *Nihil violentum durabile*.

**Constitutio causae.** El estado de la cuestión es **legítimo**, porque no discute acerca de Cristo Rey *an sit*, ni tampoco *quid sit*, sino más bien *qualis sit*, á saber: si es un rey arrogante, terrible y avasallador, ó manso, humilde y clementísimo. El género, si se mira la **forma**, es el **demostrativo**, porque incluye loa y vituperación; mas en la **realidad** pertenece al **deliberativo**, porque su fin es convencer la enormidad del pecado. Artificiosamente por cierto traslada la cuestión de un género al otro, pues el demostrativo ó panegírico se presta poco á la elocuencia, y aun muchos sabios antiguos lo excluyeron del arte de la Retórica. Esta, decían, es el arte de persuadir ó disuadir; es así que el género demostrativo no persuade ni disuade nada, ¿por qué? Lo dice nuestro poeta laureado:

*Demonstrat quoniam tantum, reprobumque probumque,  
Securus, licet, auditor sis; nam hic tibi nullas  
Astruit insidias orator, nullaque tendit  
Retia, ut ad proprios furtim te transferat usus*<sup>1</sup>.

Luego el género demostrativo no es de la jurisdicción de los retóricos. Sólo en un caso, añade, será obra de elocuencia: cuando el orador se propone hacer amar lo que ensalza, y aborrecer y desechar lo que deprime:

*Ni forsán (sed tutum est id) cogaris amare  
Quas probat, et viva depingit imagine, formas,  
Odisse aut dictis quas insectatur amaris*<sup>2</sup>.

**Laudatio** ó panegírico de Cristo Rey, contenido en la primera parte. He aquí todos los pasos de esta jornada.

**Proposición.** Dios es más inclinado á usar de clemencia que de rigor.

**Confirmación.** Como a *priori*, por entimema: Dios es todopoderoso. Luego es mansísimo (§ II y III).

Como a *posteriori*, por silogismo. Quien se vale de medios blandos para atraer, muestra que castiga contra su voluntad; pero Dios, antes de castigar, echa mano de mil arbitrios para atraer á los pecadores. Luego Dios castiga contra su voluntad y natural inclinación (§ IV).

De los *concomitantes*, por entimema. Con cualquiera razón

<sup>1</sup> Arias Mont., Rhet. lib. I.—<sup>2</sup> *Ibid.*

ó pretexto desiste Dios del castigo. Luego castiga á más no poder (§ V).

De los *antecedentes*. Dios busca quien le vaya á lá mano y le detenga el brazo. Pero esto arguye gran blandura. Luego (§ VI).

De la *circunstancia del tiempo*. Dios va dilatando el castigo y dando largas lo más que puede. Luego castiga de mala gana (§ VIII).

Pero entre este postrer argumento y el anterior intercala otro de gran efecto, por vía de

**Refutación**, que dice así: Dios se compara en las sagradas Escrituras á cosas terribilísimas. Luego no es tan blando como decís.—Y ¿qué argumento saca de esta, al parecer, insoluble dificultad?—Quien grita: guardate, guardate, no tiene muchas ganas de herir. Pero eso hace Dios con esas imágenes aterradoras. Luego (§ VII).

La **invención**, como se ve, es oportunísima, sacada de las fuentes más fecundas de la Retórica; causas, efectos, circunstancias; la **disposición**, de ordinario, es la **natural**; aunque, si se mira el conjunto, prevalece la **artificial**; la **elocución** ni es la del **teólogo** que razona sobre los atributos divinos, ni la del **poeta** que se entusiasma con las obras de la soberana clemencia, ni la del **historiador** que nos cuenta los efectos maravillosos de la bondad y misericordia de Dios; es toda de un **orador** consumado, que siente lo que dice, y dice lo que siente, con el fin de convencer á los demás.

La elocuencia, en **sentido lato**, es común á todo el que habla ó escribe; y así es elocuente el buen filósofo, y elocuente el buen historiador, y elocuentísimo el buen poeta, porque todos se valen como de instrumento de la palabra hablada ó escrita, y por este medio deleitan y arrebatan los ánimos. Mas, **rigurosamente** hablando, sólo el orador es elocuente, porque sólo él se propone persuadir. Los **filósofos** de la antigüedad, nota Marco Tulio, hablaron elegantísimamente; Teofrasto el divino, Aristóteles, Isócrates, Jenofonte, por cuya boca se expresaron las nueve Musas, y el príncipe de todos los escritores y el más grave y encantador, Platón: *tamen horum oratio neque nervos, neque aculeos oratorios ac forenses habet. Loquuntur cum doctis, quorum sedare animos malunt, quam incitare*<sup>1</sup>. Su estilo es muelle y académico, continuo, desprovisto de sentencias agudas y expresiones populares: su frase corre lánguida, sin número oratorio que la cña y dé vigor: *nihil iratum habet, nihil in-*

<sup>1</sup> Orat. ix.

*vidum, nihil atrox, nihil mirabile, nihil astutum: casta, verecunda, virgo incorrupta quodam modo.* Esta es la prosa de la buena filosofía, una virgen casta, pudorosa y verecunda. ¿Y el estilo de la **historia**? Algo se parece á la elocuencia del orador: hay en ella narraciones elegantes, descripciones de países y de batallas, intercaláanse á veces arengas y razonamientos; mas siempre con frase sosegada y fluida, no con ésta arrebatada y enérgica, propia de los discursos oratorios <sup>1</sup>. ¿Y los **poetas**? Fuera del ritmo, tienen más amplia licencia para trasladar y componer palabras; para forjar otras nuevas usan de estilo más figurado; más atienden al placer estético que á la utilidad de los que escuchan. Pues ¿el **orador**? Como su fin es enseñar, deleitar y conmover, cuando **enseña**, se acerca al estilo filosófico; cuando **deleita** con narraciones y descripciones, al histórico; cuando **conmueve** y arrebatada, al poético; pero lo realza y anima todo con una convicción y movimiento, con una tendencia á la práctica y á un fin útil, que lo separan *toto coelo* de las otras formas. Y este como carácter **utilitario** no mengua su belleza artística, antes la perfecciona y sube de quilates aun en razón de arte, porque con esto se armonizan mejor el *utile dulci* del preceptor de los Pisones, y todas las facultades y aspiraciones del hombre hallan más cumplida harura y satisfacción más íntima.

**Vituperatio** ó invectiva sobre la gravedad del pecado, en la segunda parte, y se reduce á este entimema: Dios, con ser mansísimo y tan inclinado á piedad, como se ha visto en la parte primera, castiga terribilísimamente el pecado. Luego el pecado es cosa horrenda y encierra en sí una malicia incomparable. Luce aquí una **invención** ingeniosa y contundente, que tiene sus raíces, por cierto bien hondas, en la primera parte: una **disposición** sagaz y enderezada á mover los afectos de santa **ira** contra los pecadores, de **vergüenza**, de **desengaño**, de **amenaza** y de **arrepentimiento**: una **elocución** cortada en los afectos (§ XI y XII), viva é interesante en la narración (§ XIII), más incisiva y dominadora en la peroración (§ XIII hacia el fin y § XIV); y lo que maravilla, tan fluida y natural, con estar como empuñada de citas y testimonios. Pero todo es aquí sagrado; las autoridades bíblicas, las comparaciones bíblicas, los ejemplos bíblicos. ¡Y con qué arte los maneja! Si estudiamos este y los demás discursos, aprenderemos las **varias formas** con que los testimonios y pasajes de la escritura pueden exponerse y amplificarse. He aquí las principales:

<sup>1</sup> Sed in his tracta quaedam et fluens expetitur, non haec contorta et acris oratio. *Ibid.*

1.<sup>a</sup> Unas veces por vía de **cuestión** ó duda, desenvolviéndola bastante; porque, al paso que ésta pareciera más difícil de desatar, más gustará la solución.

2.<sup>a</sup> Otras va disponiendo de tal manera el discurso, que el oyente espera lo **contrario** de lo que va á decirles; como de las figuras de terror saca en este sermón la mansedumbre de Dios, y de esta mansedumbre colige, contra toda expectación, la terribilidad del pecado.

3.<sup>a</sup> Otras propone y amplifica **primero** cualquier parábola, comparación ó semejanza, y luego exclama: Esto caballamente dice Salomón, ó nuestro divino Salvador, etc.

4.<sup>a</sup> Por modo de **interrogación** y entablando un diálogo, ó con los oyentes, ó con el autor de las mismas Escrituras; y á este propósito observa el venerable Granada que este método, no sólo sirve para despertar la atención, mas también para variar la voz y dar hermosura á la pronunciación, y que por esta causa lo usó tanto San Juan Crisóstomo: *tractandorum animorum artifex peritissimus* <sup>1</sup>.

5.<sup>a</sup> Y muy ordinaria en nuestro orador, cuando primero trae la **conclusión**, luego la **prueba** escritural ó ejemplo, y termina de nuevo con la **conclusión**.

6.<sup>a</sup> Cuando confirma el testimonio ó comparación divina por la **práctica** y aplicación á casos particulares, y torna al testimonio, y vuelve á un caso práctico, y repite la autoridad y la confirma otra vez con hechos concretos; si bien esta **accommodatio**, en uno ú otro estilo, es común á todas las formas <sup>2</sup>.

Esta teoría puede aplicarse á todos los géneros de elocuencia, así académica como judicial y parlamentaria, cuando la fuerza del argumento estriba en las leyes ó testimonios. Lo que importa es que haya **variedad** en las formas de elocución, y aun en la invención y disposición de cada discurso. Demóstenes siempre es Demóstenes, es decir, siempre conserva su carácter, pero no tiene dos arengas cortadas por el mismo padrón. Lo mismo puede decirse de Marco Tulio, lo mismo del Crisóstomo, de San Cipriano, de todos los grandes oradores. Al revés, el orador que constantemente se vale del mismo plan, de las mismas divisiones, de las mismas figuras y ornamentos, por manera que oído el discurso de hoy se pueden sacar las partes y traza general del de mañana, este tal sirve más para enseñar desde la cátedra que para persuadir y conmover desde el púlpito ó tribuna. Lo hemos dicho; no hay cosa más libre

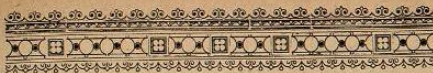
<sup>1</sup> Eccles. Rhet. lib. IV, cap. 4.

<sup>2</sup> Véase *Arte di predicar bene*, Trat. III, cap. 22, obra del mismo P. Séñeri.

que el arte, y se ha de privar de esta libertad á la reina de todas las artes, la elocuencia? Cuantas son las materias de que se ha de hablar, las circunstancias de lugar y tiempo, las pasiones y afectos del corazón, las virtudes, los estados del alma, que son poco menos que infinitos, tantas son las formas, ó llámense moldes ó padrones, que se pueden y deben emplear. Por esta causa todas las preceptivas son deficientes; sirven, no obstante, dice Quintiliano <sup>1</sup>, con tal que enseñen el camino recto, mas no si estrechan dentro de un solo círculo ó esfera: *Sed adjuvantur his quoque* (habla de las preceptivas), *si tamen rectam viam, non unam orbitam monstrant*. Buena es la calzada; mas si no puedo ir por ella,ogeré el atajo; bueno el camino más derecho; pero, si los torrentes desbordados han roto los puentes, buscaré un rodeo; bueno es entrar por la puerta; mas, si ésta está ardiendo, penetraré por la ventana. Toda esta sentencia es de nuestro M. Fabio Quintiliano, y la misma repitió quince siglos después el Fabio cristiano Fr. Luis de Granada, asentando este gran principio: *Hoc enim solum in hac disciplina perpetuum est, quod nihil perpetuo fieri debeat; sed pro ratione evangeliorum, temporum et auditorum, omnia dicentis consilio varianda sunt* <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> De Institut. Orat., lib. II, cap. 13, n. 16.

<sup>2</sup> Lib. IV, cap. 4.



## DISCURSO TREINTA Y CINCO

### LA PASIÓN DE N. S. J. C.

*O vos omnes, qui transitis per viam, attendite et videte, si est dolor sicut dolor meus.*

¡Oh vosotros los que pasáis por el camino, contemplad y ved, si hay dolor comparable á mi dolor!

(THESS., I, 12)

### EXORDIO

Por ex abrisio de amarga ironia

ALEGRAOS y regocijaos en este día de amargura y desolación, alegraos y regocijaos; habéis vencido, pecadores. Entonad vuestros himnos de victoria, alborozaos y enorgulleceos en vuestro triunfo; ya vuestros malvados propósitos han tenido cumplimiento. Con vuestros pecados y obstinación maldita os empeñasteis en lanzar del mundo al cordero sin mancilla, al unigénito Hijo del eterno Padre; porfiasteis en ultrajarle, en hollar su nombre, en que á todo trance muriese. Y murió, y acaba de ser arrancado, tal ha sido la violencia de su apartamiento, y acaba de ser arrancado de la tierra de los vivientes: *Abscissus est de terra viventium* <sup>1</sup>. Y heme aquí que vengo atónito de la cumbre del Calvario á traer os tan regocijada nueva, y á haceros saber por cosa certísima cómo el Salvador del mundo, á vista de muchedumbre innumerable, desnudo, desamparado, horriblemente escarnecido, y después de tres horas de penosísima agonía, ha exhalado el postrer aliento enclavado en una cruz. ¿Estáis ya satisfechos, oh despiadados pecadores?

Prébase por enbajada.

<sup>1</sup> Is., LII, 8.